

COSTUMBRES CUBANAS DEL PASADO

LAS TEMPORADAS VERANIEGAS EN PUENTES GRANDES

Por LUIS BAY SEVILLA

PUENTES GRANDES es un pueblo situado al oeste de La Habana y a la orilla izquierda del río Almendares, que puede considerarse como uno de los más antiguos de este municipio, ya que en el siglo XVII existió en aquel lugar una finca azucarera que pertenecía a don Hernán Manrique de Rojas.

En los primeros tiempos de fundado, se le conocía por el nombre de «Molinos del Rey», pero un terrible huracán que asoló la ciudad durante los días 21 y 22 de junio de 1791, ocasionó tantos destrozos en el pueblo, que hasta logró hacer olvidar aquel nombre. Según los cronistas de la época, la violencia del meteoro hizo salir de sus cauces a varios arroyos y ríos de las cercanías, arrasando casas y destruyendo los dos puentes de madera, que posiblemente daban nombre al pueblo, uno de los cuales fué famoso porque tenía 17 ojos, según lo afirma en una bella crónica don Antonio Bachiller y Morales.

El Gobierno de la colonia, meses después, decidió construirlos de nuevo, pero con material más resistente, comisionando al efecto al regidor depositario general don José de Armenteros para que realizara los estudios, proyectando éste uno de piedra y el otro de vigas de acero. lo que fué aceptado por el gobernador general de la Isla don Luis de las Casas, quien ordenó el inicio de los trabajos, quedando éstos terminados en el año 1796, según se hizo constar en la lápida que se colocó en uno de ellos.

La población de Puentes Grandes era en los primeros años del siglo XIX solamente de unas cuatrocientas personas, manteniéndose sin aumentar durante algún tiempo por el temor que abrigan las familias ricas de que una nueva inundación les destruyera sus viviendas, repitiéndose la que se conocía por el nombre de «la tormenta de Puentes Grandes», que hizo época en los anales de aquel modesto pueblo.

La deliciosa temperatura que allí prevalecía durante los meses de verano, la belleza de sus celbas y palmeras y el mur-

mullo de las aguas del Almendares, acaso fueran el motivo principal que decidiera a los cubanos ricos a escoger este pueblo como sitio de veraneo, decidiendo algunas fabricar allí amplias y elegantes residencias donde pasaban las temporadas de verano.

Una de las primeras fué la que construyó don Ignacio Herrera, conde de Casa Barreto, quien hizo edificar una gran casa en la Calzada, entre las calles de Sierra y Armenteros. Como esta lujosa mansión tenía a ambos lados de la puerta principal, como magníficos centinelas, unas figuras en bronce que representaban dos hermosos lebreles, el pueblo dió en llamarle por el nombre de «la casa de los perros».

Cuenta también la tradición que el conde de Barreto, que era un hombre de carácter duro y severo, disfrutó poco tiempo de su casa, pues a poco de ocuparla con los suyos, le sorprendió la muerte, desarrollándose el mismo día de su fallecimiento, según esa misma tradición, un suceso sumamente doloroso para sus familiares.

El día de la muerte del conde, el tiempo ofrecía un aspecto amenazador, pues desde temprano no cesaba de llover y las rachas de viento eran cada vez más recias y repetidas. En aquellos días, todavía el Padre Vifias no había descubierto las leyes que observara en los ciclones, ni se conocían, tampoco, la serie de antecedentes que hoy, con relativa facilidad, permiten a los astrónomos anunciar anticipadamente el cruce de esos terribles meteoros, para un día y hora determinados.

El cadáver del conde Barreto estaba expuesto en capilla ardiente en la sala de su casa de Puentes Grandes, velándolo amorosamente sus familiares más cercanos y las amistades íntimas. En horas de la tarde y próxima ya la noche, la tormenta aumentó en intensidad de modo tal, que el viento y el agua devastaron completamente el pueblo, desbordándose el río Almendares, hasta llevar la desola-



ción a infinidad de hogares. Las aguas, según la tradición, invadieron impetuosamente la casa del Conde, arrastrando el sarcófago donde descansaba su cadáver, que no pudo ser rescatado por los familiares y amigos a pesar de valerosamente lucharon por recuperarlo...

o o o

En aquella casa de Puentes Grandes continuaron residiendo los familiares del conde Barreto hasta el año 1890 que la abandonaron los esposos doña Francisca de Cárdenas y Herrera y don Miguel Peñalver y de Cárdenas, hijo éste del conde de San Fernando, cuyo padre había sido muerto de una puñalada al salir un domingo de la Catedral de La Habana, por la puerta de la calle de San Ignacio, después de asistir a la misa celebrada a las once de la mañana.

La casa de Puentes Grandes quedó entonces abandonada, y como a los posteriores propietarios no les preocupó repararla para evitar la ruina del edificio, ésta al cabo ocurrió cuando la casa fué dedicada a inquilinato de familias modestas. En el año 1944 el edificio fué totalmente derribado por el terrible huracán que cruzó por La Habana en la mañana del 22 de octubre, quedando de lo que fuera una señorial mansión, solamente los cimientos.

Existe otra tradición, relacionada con la vida del conde Barreto, que se refiere a la residencia veraniega que se dice poseía este noble en el Monte Barreto, donde tenía varios esclavos, algunos de los cuales hacía castigar duramente con azotes por cualquier falta que cometieran, aunque ésta hubiere sido de carácter leve.

Viven todavía algunas personas de edad avanzada que hablan del horror que muchos tenían, carreteros en su mayoría, de circular durante las horas de la noche por el camino que llevaba de la finca «La Osa» al Monte Barreto, pues según éstos afirmaban, una luz misteriosa, que ellos llamaban de Barreto, les salía al encuentro y se posaba, en ocasiones, encima de los yugos de los bueyes que tiraban de las carretas.

Entre esas personas se encuentra un octogenario nombrado don Luis Pérez, que le llaman «El Güinero», muy conocido en el pueblo de la Ceiba, donde ha residido casi toda su vida y quien explotaba un negocio de corte de güines que vendía en los puestos de frutas a los fabricantes de papalotes y para otros usos industriales, quien afirma, según me lo asegura una persona amiga, que ha visto en varias ocasiones esa impresionante luz. Este anciano, hombre de buenas costumbres, vive en la Ceiba en compañía de dos hijos que laboran en la fábrica de cerveza La Tropical.

Otra de las personas que construyó su residencia en el pueblo de Puentes Grandes, fué el arquitecto don Antonio Benítez Uthon, que levantó en la propia Calzada la casa marcada con el número 129, emplazándola en un terreno que tenía 3,580 varas cuadradas de superficie. Era una gran casa que tenía dos hermosos jardines y estaba rodeada de una gran balastrada de hierro fundido. Contaba de un amplio salón de recibo, gabinetes, locales para la biblioteca y cos-

turero, diez cuartos dormitorios y una hermosa galería que daba acceso a un comedor, con capacidad para cuarenta comensales. Los pisos de la casa eran de mármol de color blanco y negro. El comedor daba a una gran terraza dotada de amplia escalinata de mármol, la que conducía a un parque inglés, encontrándose en este lugar una gran piscina, que era el baño de aquella gran residencia.

En uno de los costados del jardín se encontraban las habitaciones de la servidumbre, y más apartadas, las caballerizas y la cochera.

El arquitecto Benítez, que era entonces soltero, residió en esta casa dos años, decidiendo en 1868 embarcar hacia España en busca de un bien ganado descanso, pues había rendido en La Habana una dura labor, construyendo entre otras obras de arquitectura la gran casa de Cerro y Santa Teresa de los esposos Teresa Herrera y José Melgares; la que fuera casa solariega del marqués de Almedares, en Compostela y Luz; la del marqués de Duquesne, en Habana y Jesús María; la de don Narciso Deulofeo, en el Tulipán; la gran residencia de la calle de San Rafael, de don Pedro Armenteros, y el edificio de su propiedad situado en Industria y Barcelona, donde está instalado el hotel América, levantado en los terrenos que ocupara la antigua trapería de Hamel.

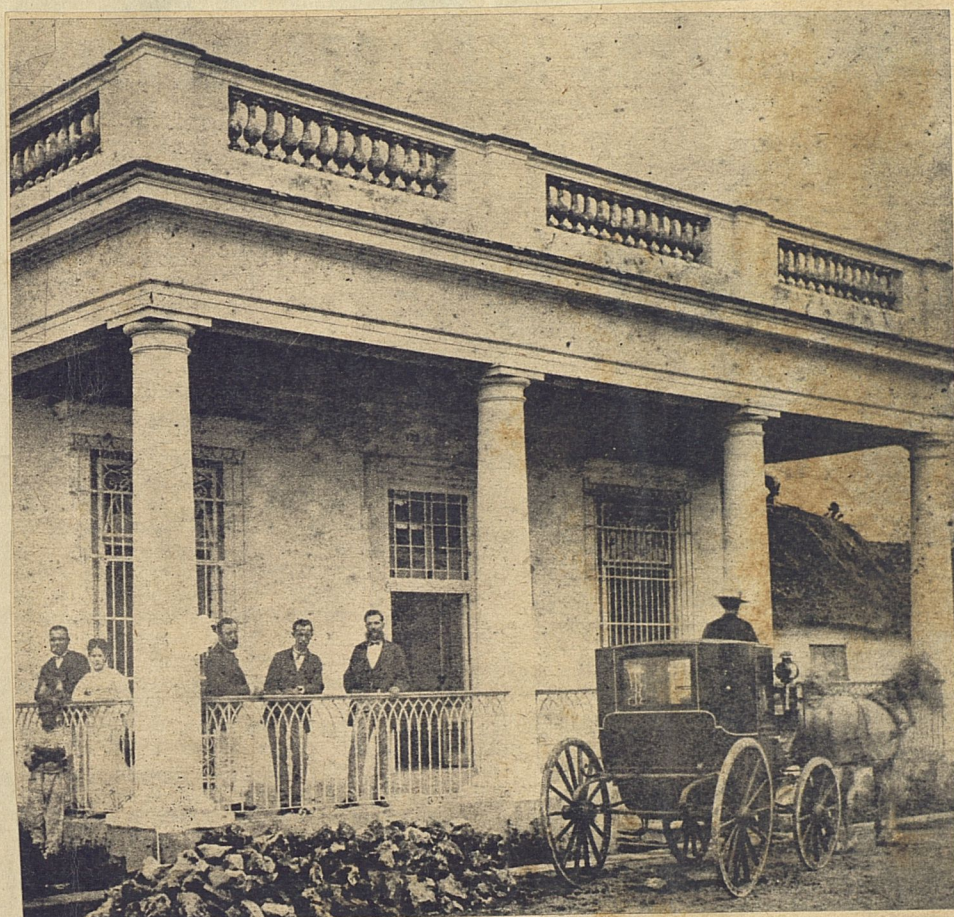
Benítez contrajo al año siguiente matrimonio en España con la bellísima señorita Salud Guzmán y Fernández de la Puente, descendiente por línea directa de los condes de Tebas y del conde de Puerto Hermoso, recorriendo en viaje de novios varios países europeos y asiáticos, regresando después a La Habana para instalarse en la casa de Puentes Grandes. Hijos de este matrimonio fueron Calixta, que permanece soltera; Salud, la viuda del ingeniero Miguel Palmer; Concha, la viuda de don Eloy Bellini, que reside en los Estados Unidos; María Teresa, que casó con el licenciado José María Cotta, abogado fiscal de la Audiencia de Sevilla, fallecidos ambos; María Antonia, que casó con don Jorge Rowe, ambos también fallecidos, y José Antonio, ingeniero como su padre, que casó dos veces, la primera con doña Ana López del Castillo, y la segunda con doña Ernestina del Alamo y Gondran. Nieto del arquitecto Benítez Uthon es Ramón Cotta y Benítez, jefe de Información del diario «Alerta».

Benítez Uthon falleció en su casa de Puentes Grandes, en febrero del año 1899, a la edad de 82 años, siendo sepultado su cadáver en el Cementerio de Colón en el panteón de la familia de don José Melgares. El entierro, dado lo difícil que resultaba entonces trasladarse a La Habana, se hizo trayendo el cadáver por ferrocarril en un vagón especial hasta la Estación de Concha, donde lo esperaban una carroza fúnebre y varios coches, para desde allí trasladarse al Cementerio.

La casa, años después, fué vendida a la fábrica de cerveza La Tropical, quien la ha dedicado a viviendas para sus empleados y obreros.

El próximo jueves nos referiremos a otras casas construidas en Puentes Grandes por distintas familias de la aristocracia cubana de aquella época.

Ala, al 25/46

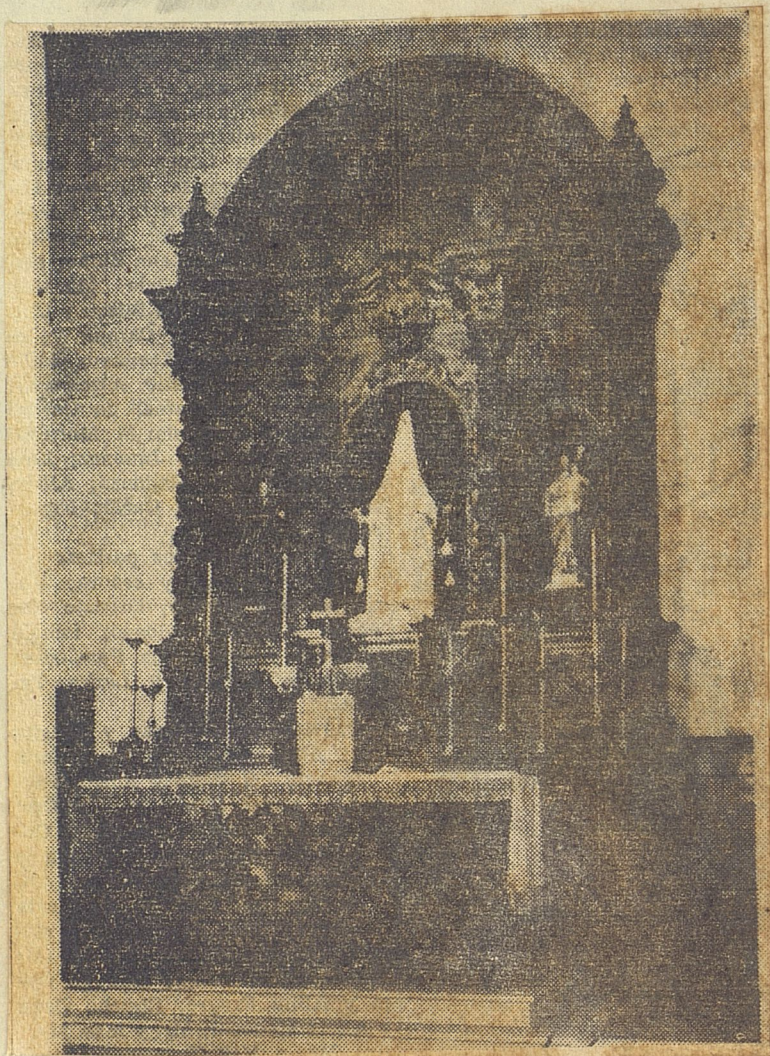


Casa Real 129 (Puentes Grandes), construida por el arquitecto Benitez Uthon, que aparece en el portal con su esposa, don Rafael Montoro y otras personas más.



PATRIMONIO
DOCUMENTA

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA





Arquitecto Antonio Benitez Uthón.

Magazine Ilustrado



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

ORIGEN DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA